

Materiales de Preparación



Segunda Entrega

Enero - Febrero 2017

Artículo 3

Revista Misión Joven:
Un acompañamiento evangelizador.
Asomándonos a la Palabra de Dios

Departamento de Pastoral de Juventud
Comisión Episcopal de Apostolado Seglar

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 480-481 (Enero-Febrero 2017)

estudios

Páginas 05-14

Un acompañamiento
evangelizador. Asomándonos
a la Palabra de Dios

MIGUEL ÁNGEL ÁLVAREZ PAULINO

Un acompañamiento evangelizador. Asomándonos a la Palabra de Dios

MIGUEL ÁNGEL ÁLVAREZ PAULINO, SDB
Salesiano, doctorado en Sagrada Escritura

Síntesis del artículo

El autor explica cómo en la Biblia el acompañamiento de Dios a su pueblo es cercano y sanador, como dice el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* 169. Se detiene especialmente en la denominada *fórmula de asistencia*. Además, presenta como ejemplo a San Pablo, que fue acompañado por Ananías y después se convirtió en maestro de otros evangelizadores.

#PALABRAS CLAVE: Acompañamiento, Biblia, San Pablo, Timoteo, Ananías, Papa Francisco, discípulo misionero, evangelización.

Abstract

The author explains how in the Bible the accompaniment of God to his people is close and healing, as Pope Francis says in *Evangelii Gaudium* 169. He dwells especially on the so-called “assistance formula”. In addition, he presents St. Paul as an example, who was accompanied by Ananias and later he became a teacher of other evangelizers.

#KEYWORDS: Accompaniment, Bible, St. Paul, Timothy, Ananias, Pope Francis, missionary disciple, evangelization.

*Te damos gracias, Señor y Padre nuestro (...)
Tú nunca nos dejas solos, te manifiestas vivo y presente en medio de nosotros.
Ya en tiempos antiguos guiaste a Israel, tu pueblo,
con mano poderosa y brazo extendido, a través de un inmenso desierto.
Hoy acompaña a tu Iglesia peregrina, dándole la fuerza de tu Espíritu.
(Plegaria Eucarística Va)*

Acompañamiento personal... Cada vez nos damos más cuenta en pastoral de la necesidad de *acompañar* los procesos de fe. Ya no sirven sólo los conocimientos teóricos ni los catecismos de preguntas y respuestas. En un nuevo contexto social, cultural y religioso, hoy necesitamos testigos que acompañen la experiencia creyente de otros. También la Iglesia se mueve

en esta misma dirección. En la primera exhortación apostólica del actual Papa Francisco, la *Evangelii Gaudium*, se dedican cinco números (169-173) a hablar del acompañamiento personal de los procesos de crecimiento y de su absoluta necesidad hoy en la Iglesia: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este “arte del acompa-

ñamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169).

El Papa aboga por *quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del otro*, evocando aquel texto paradigmático de la zarza ardiendo y la vocación de Moisés. Pero, ¿qué acompañamiento?, ¿dónde inspirarnos? No todo vale; es el propio Francisco quien advierte contra un modo de hacer que «se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre» (EG 170). Luego significa que es posible un “acompañamiento” que excluya la trascendencia y que no lleve a un encuentro personal con el Dios de Jesucristo revelado en su Hijo por la fuerza de su Espíritu. Una vez más, no vale todo en pastoral.

Como alternativa a este modo errado de actuar, prosigue describiendo cómo ha de ser en clave cristiana: «El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora» (EG 173). Esto lo dice el Papa en oposición a una forma de acompañamiento intimista, autorreferencial, que se encierra en sí y que no se abre al anuncio del Reino, de tal manera que, como sigue afirmando, «los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros» (EG 173).

Queremos explorar esta vía que propone el Papa Francisco y verificar si se corresponde con el “acompañamiento” que hallamos en la Biblia. ¿Es este el modo de proceder de Dios? ¿Es este el modo de actuar de sus enviados? ¿Y el de Jesús? ¿Fue su presencia sanadora, liberadora, al servicio de su misión? Es evidente que un tema tan amplio y con tantas

posibilidades no puede agotarse en estas pocas páginas. Gracias a Dios contamos con una amplia bibliografía sobre, por ejemplo, la relación de acompañamiento y educativa de Jesús con sus discípulos¹, o sobre personajes como Moisés, con el rol de guía de su pueblo, por citar sólo algún ejemplo².

Mi planteamiento, pues, se centrará en dos objetivos. En primer lugar haremos un acercamiento general a la Biblia para ver si el acompañamiento de Dios a su pueblo ha sido cercano, liberador, sanador, como dice el Papa. Para acotar nuestro recorrido, nos centraremos a partir de la presentación de la denominada *fórmula de asistencia*. En segundo lugar, si el acompañamiento ha de realizarse en el ámbito de la misión evangelizadora, como afirma el Papa Francisco, vamos a tomar como ejemplo a un gran evangelizador, Pablo, quien primero tuvo que ser evangelizado y después se convirtió en maestro de otros evangelizadores. ¿Cómo los acompañó? ¿Fue el suyo un acompañamiento misionero? De este recorrido esperamos, por último, extraer algunas pistas que nos orienten en nuestra acción pastoral.

¹ Cf. J. J. Bartolomé, “El evangelio de Marcos, manual de educación en la fe. Motivo, método y meta de la pedagogía de Jesús”, en *Misión Joven* 360-361 (2007); *Id.*, *Jesús de Nazaret, formador de discípulos*, Madrid 2007; S. Guijarro, *El camino del discípulo. Seguir a Jesús según el evangelio de Marcos*, Salamanca 2015.

² El número de septiembre del 2016 de la revista *Misión Joven* estuvo dedicado al tema de *Cuidar al educador*. En él, Iani Angulo, profesora de la Universidad de Comillas, dedicaba un artículo al cuidado del discípulo en la Escritura, en el que afirmaba: «Cuidar va a tener mucho que ver con acompañar a quienes nos rodean para que descubran la voluntad de un Padre que nos quiere con locura» (“Es verdad, Tú eres un Dios escondido” (Is 45,15). El cuidado del discípulo en la Escritura”, en *Misión Joven* 476 (2016) 6). A continuación, presentaba cómo en la Biblia Israel es un pueblo que, sabiéndose acompañado por Dios, ha experimentado su cuidado a lo largo de su historia. Lo mismo hizo Jesús de Nazaret. Sus reflexiones pueden completar perfectamente la primera parte de nuestro recorrido.

1 Dios, acompañante del ser humano

En la Sagrada Escritura, el principal acompañante en la vida del pueblo y de los seres humanos es Dios, su Espíritu. Así lo dice San Pablo en su carta a los Romanos: «*Los que son conducidos por el Espíritu, esos son los hijos de Dios*» (Rom 8,14). Luego la vida del cristiano se convierte en un dejarse acompañar, conducir por ese Espíritu en la tarea de la construcción del Reino. Con ello estaremos reproduciendo la experiencia de Jesús de Nazaret, quien «*lleno del Espíritu Santo desde el vientre materno*» (Lc 1,15) es conducido por Él, primero al desierto (cf. Lc 4,1) y luego, impulsado de nuevo por su fuerza (cf. Lc 4,14), de regreso a Galilea, donde su fama comienza a extenderse y Él a predicar por toda la comarca. En Jesús de Nazaret la experiencia de ser conducido por el Espíritu está íntimamente ligada a su misión de anuncio del Reino.

Si retrocedemos a las primeras páginas bíblicas, constatamos que, desde los inicios, la historia de Dios con la Humanidad y con Israel es una ininterrumpida historia de acompañamiento. Podemos recordar a Abraham y el mandato divino con la doble promesa: «*Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que to te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre, que será una bendición*» (Gn 12,1-2). Dios se compromete con él, de tal forma que las promesas de una descendencia abundante y de una tierra se las repite a sus descendientes, a Isaac (cf. Gn 26,3-4) y a Jacob (cf. Gn 28,13-15).

Ya en el libro del Éxodo, cuando Israel, esclavo en Egipto, grita y clama a Dios, leemos que «*su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios*» (Ex 2,23) y entonces Yahvé «*escuchó sus quejas y se acordó del pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob*» (Ex 2,24), porque Él es un Dios que acompaña a su pueblo y a los que él escoge. No los abandona ni los deja a su suerte; al contrario,

los protege, los defiende, los reprende cuando se apartan de Él, les da una nueva oportunidad,... Y camina con ellos³. Recordemos -por ejemplo- las imágenes en el Éxodo de las columnas de nube y de fuego (cf. Ex 13,21; 14,24; 40,36-38) o de la Tienda del Encuentro, a donde la gloria de Dios desciende para estar en medio de Israel (cf. Ex 40,34). Hasta que, llegada la plenitud de los tiempos (cf. Hb 1,2), la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, plantó -como dice el evangelista Juan en su prólogo (cf. Jn 1,14)- su tienda en nuestro mundo.

Pero volvamos un momento al patriarca Jacob. Dios acompaña las promesas que le hace con la de su asistencia: «*Yo estoy contigo, te acompañaré adonde vayas, te haré volver a este país y no te abandonaré hasta cumplirte cuanto te he prometido*» (Gn 28,15). Leemos en este versículo la denominada *fórmula de asistencia*⁴, muy presente en los relatos de elección de profetas y hombres de Dios. Representa paradigmáticamente ese acompañamiento cercano y sanador que caracteriza al Dios bíblico y que adopta múltiples variantes: salvación, protección, asistencia,... Lo experimentan los grandes guías de Israel, como Moisés (Ex 3,12; 4,12; 18,19; Jos 1,5), Josué (Dt 31,8,23) o Samuel (1 Sam 3,19); los grandes reyes, como Saúl (1 Sam 10,7), David (1 Sam 16,18; 17,37) o Salomón (1 Re 1,37); o también profetas como Jeremías (Jr 1,8,19). Detrás de esta fórmula late también la conciencia de que, sin esa presencia del Señor, la misión de estos hombres hubiera fracasado.

Ahora bien, el objetivo y destinatario principal de esta asistencia y acompañamientos divinos

³ Esta imagen de Dios caminando con su pueblo me parece muy poderosa para este tema del acompañamiento. En el Nuevo Testamento tenemos el episodio de los discípulos de Emaús, paradigma de lo que puede ser el acompañamiento desde la perspectiva bíblica. Y en él lo primero que aparece es Jesús que se pone a caminar con aquellos dos discípulos.

⁴ Cf. S. Bretón, *Vocación y misión: formulario profético*, Roma 1987, 153-169.

es, en la gran mayoría de ocasiones, el pueblo de Israel⁵ y su salvación, de tal manera que se puede afirmar que «la protección divina a los grupos restantes queda supeditada a Israel: el Señor concede su asistencia a patriarcas, guías carismáticos, reyes, profetas, etc., ante todo para que desempeñen su papel en la historia salvífica del pueblo escogido»⁶. El acompañamiento de Dios a estos hombres asegurándoles su asistencia no es un don para ellos mismos, ni se vuelve algo autorreferencial o intimista; al contrario, es *para la misión y para el bien* del pueblo. Retengamos este dato en este acercamiento que estamos realizando.

Hay un texto particularmente significativo que quiero destacar en este recorrido. Me refiero a Is 7, 14, la famosa profecía davídica: «Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (Dios con nosotros)». En él la fórmula de asistencia cobra tal densidad que se convierte en nombre. El futuro hijo anunciado por Isaías será *Dios-con-nosotros*.

San Mateo recupera esta profecía y se la aplica al hijo de María: «Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: "Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa 'Dios con nosotros'"» (Mt 1,22). Estamos ante la expresión máxima de ese acompañamiento divino. Ya no será este a través de signos (nube, fuego,...) ni de otras personas (reyes, profetas,...). Ahora es Dios mismo quien acompaña en su Hijo Jesucristo a su pueblo, compartiendo con el ser humano, en todo, su condición⁷.

En la tarea de la construcción del Reino, Dios se hace compañero de camino en el caminar del ser humano por esta Historia de Salvación; de nuevo viene a nuestra mente la imagen de los discípulos de Emaús: Jesús resucitado acompañando a estos dos discípulos tristes y abatidos. ¡Un icono para nuestra tarea pastoral!

Hasta tal punto el evangelista así lo concibe que terminará su relato como lo comenzó: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que **yo estoy con vosotros** todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20). La asistencia divina queda indisolublemente unida a la misión evangelizadora. En esta tarea, la Iglesia y todos los cristianos tenemos garantizado el que Dios nos acompaña. Ciertamente, el Dios bíblico no es un Dios que habita en el Olimpo, alejado de sus criaturas; antes bien, las asiste, las acompaña, está con ellas⁸.

2 Pablo: acompañado y acompañante

Llega ahora el momento de fijarnos en un gran misionero evangelizador: Pablo. En él contemplamos un itinerario que puede servir de modelo en el arte del acompañamiento al que nos insta la *Evangelii Gaudium*: engendrado a la vida cristiana por otros (Ananías), vivida por Pablo con gran intensidad («es Cristo quien vive en mí» Gal 2,20), para después transmitir su experiencia a otros, acompañando a comunidades y a personas concretas. Y aquí nos fijaremos de manera particular en el caso de Timoteo, al que cita el Papa Francisco.

⁵ Véase, por ejemplo, Nm 14,9; Dt 2,7; Ez 34,30; Am 5,14.

⁶ S. Bretón, *Vocación...*, 162.

⁷ Esto significa confesarlo *verdadero hombre* y asumir las implicaciones que de esta verdad se derivan. Como dice la carta a los Hebreos: «Por eso tenía que ser en todo semejante a sus hermanos: para poder ser un sumo sacerdote compasivo y acreditado ante Dios para expiar los pecados del pueblo» (Hb 2,17).

⁸ Se podrían añadir en este breve recorrido las imágenes de Dios educando cariñosamente en el desierto a su pueblo (cf. Dt 32,9-13; Os 11,1-4), un pueblo al que mima como a su viña predilecta (cf. Is 5,1-2), por citar sólo otras dos muy conocidas.

2.1. Pablo, acompañado

Recordemos que él no conoció personalmente a Cristo. Más aún; Pablo era, según confesión propia, «*en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, intachable*» (Flp 3,6). «**Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún, juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo**» (Flp 3,7-8). Ese *pero* marca un antes y un después; con él Pablo establece una neta división en su vida.

El acontecimiento que divide ambas partes es el encuentro con Cristo que tiene lugar camino de Damasco, encuentro que él mismo define en su carta a los Gálatas como una *revelación* (cf. Gal 1,15-16)⁹. Nosotros nos vamos a detener en el relato de Hch 9, porque en él es donde aparece la figura de Ananías, con un papel particularmente destacado, hasta el punto que, según Lucas, Pablo no recibe su misión de labios de Cristo, sino que recibirá su encargo evangelizador por medio de aquel (cf. Hch 9,17).

Recordamos brevemente la escena y el contexto. Saulo va camino de Damasco con cartas para capturar a los cristianos y llevarlos presos a Jerusalén. Yendo de camino, una luz lo rodea, cae rostro a tierra y oye una voz que le dice: «*Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues*» (Hch 9,4.5), y le ordena entrar en la ciudad; entonces se le dirá lo que tiene que hacer. En ese punto dice el texto que Saulo, « *aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada*» (Hch 9,8). Ya en Damasco, pasa tres días, sin comer ni beber.

Entra entonces en escena Ananías. De él no hemos tenido noticia alguna hasta ahora,

y después desaparece del relato¹⁰; y sin embargo tendrá su papel importante en la vida de Pablo. Cristo irrumpe en la vida de este, pero implica también a aquel. Fijemos, pues, nuestra atención en Ananías y en su tarea de *acompañante* de Pablo.

Como le sucede a Pablo, a Ananías Cristo se le aparece en una visión (cf. Hch 9,10), si bien, y a diferencia de la de aquel, esta es presentada como una experiencia subjetiva. Recibe una misión, la de ir a la búsqueda de ese tal Saulo de Tarso (cf. Hch 9,11-12), quien está *orando* y quien ya ha recibido a su vez otra visión en la que ha visto que él viene a curarlo de su ceguera, lo cual no deja ser paradójico, pues ya lo *ha visto* cuando aún no ve. ¿Por qué si Saulo se ha encontrado con el Señor se ha quedado ciego tres días? La ceguera –si bien en el relato tiene un carácter físico– en la Biblia posee también una dimensión simbólica. Representa el pecado, las tinieblas, la oscuridad. Será Ananías, *su acompañante*, quien le conducirá de las tinieblas a la luz haciendo que vuelva a ver. He aquí una imagen representativa de ese acompañamiento pastoral llamado a sanar y a liberar del que habla el Papa Francisco.

A pesar de la resistencia de Ananías, que conoce la historia de Saulo y su persecución a los cristianos, obedece, pues Pablo es un instrumento elegido por el Señor. Ciertamente habría tenido muchas razones para no hacerlo. No olvidemos que Pablo ha causado muchos males a la comunidad de Jerusalén y viene con la intención de hacer lo mismo en Damasco. Ananías se resiste, pero al final dice: «*Aquí estoy, Señor*» (Hch 9,10). A veces uno puede tener la tentación en el acompañamiento de echarse a atrás, de pensar que el candidato no reúne

⁹ El relato de la llamada *conversión* de Pablo lo hallamos en los Hechos de los Apóstoles en tres momentos, en uno en forma de narración (Hch 9,1-22), y en los otros dos contado en forma autobiográfica por el propio Pablo (Hch 22,4-16; 26,9-18). Además, tenemos las referencias que a dicho acontecimiento hace Pablo en sus cartas (Gal 1,11-16; 1 Cor 15,8; Flp 3,6).

¹⁰ Sólo cuando Pablo cuenta más tarde en forma autobiográfica su conversión, añade algunos detalles: «Un tal Ananías, hombre piadoso según la Ley, bien acreditado por todos los judíos que habitaban allí, vino a verme, y presentándose ante mí me dijo: «Saúl, hermano, recobra la vista». Y en aquel momento le pude ver» (Hch 22,12-13).



las condiciones, de no ser una masa adecuada. Y sin embargo, «*este es un instrumento de mi elección*», como dice Jesús de Pablo.

Ananías va a la casa que se le ha indicado, entra y le impone las manos: «*Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo*» (Hch 9,17). Él se sabe un enviado del Señor; no es él el protagonista de la historia. En su posterior relato autobiográfico, Pablo amplía esas palabras: «*El Dios de nuestros padres te ha destinado para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz de sus labios, pues le has de ser testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. Y ahora, ¿qué esperas? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su nombre*» (Hch 22,14-16).

Ananías le ayuda a leer en profundidad la experiencia que ha vivido, le da claves para interpretarla y le revela la misión para la que el Señor lo ha escogido. Lo acoge sin recriminarle su pasado, lo llama *hermano* y Pablo, lleno del Espíritu Santo, recibe el bautismo. El camino de la fe nunca se hace solo. Pablo ha tenido un encuentro transformador, profundo, con el Señor resucitado, pero son la mediación y el *acompañamiento* de Ananías los que completan la conversión del joven Saulo, un hermano en la fe. A través de su mediación, pasa de la oscuridad a la luz. ¡Nada de *acompañamiento* inmanente o autorreferencial!

En esta historia Ananías nos enseña a ser acompañantes radicados no en nuestras fuerzas, sino en la obediencia a una palabra que viene de Dios; nos dice que el acompañar es, en el fondo, una misión que no se la da uno, sino que la recibe. Si aquel le comunica a Pablo una palabra que no es suya, sino de Jesús, significa que estamos ante una cuestión *vocacional y espiritual*, y que el acompañar sólo se entiende en este contexto. No es una terapia psicológica ni de auto ayuda intimista, como alerta el papa Francisco.

2.2. Pablo, acompañante

Sólo el que ha sido acompañado desde unas claves determinadas puede a su vez acompañar. Pablo vivió esto en primera persona, y así pudo convertirse en maestro y guía para otros, tanto como acompañante de comunidades –las que él fundó–, como de personas. El Papa Francisco pone como ejemplo de ese acompañamiento y formación en medio de la acción apostólica del que habla en la *Evangelii Gaudium* a la relación de Pablo con Timoteo y Tito, y la describe así: «Al mismo tiempo que les confía la misión de quedarse en cada ciudad para “terminar de organizarlo todo” (Tt 1,5; cf. 1 Tm 1,3-5), les da criterios para la vida personal y para la acción pastoral [...]. Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros» (EG 173). Vamos, pues, a acercarnos a este modelo de *acompañamiento misionero*.

Pablo tuvo muchos colaboradores¹¹, pero de entre todos ellos despunta ciertamente uno con quien establece una relación particular: Timoteo, su ayudante de confianza y quien siempre permaneció a su lado¹², a quien llega a describir como «hijo mío querido y fiel en el Señor» (1 Cor 4,17).

¹¹ De la lectura atenta de las cartas paulinas emerge un considerable número de colaboradores, compañeros,... hasta conformar más de cincuenta personas, incluyendo un consistente grupo de mujeres. Su grado de colaboración y de cercanía con Pablo es muy variado, pero ciertamente tuvo que tener un arte particular para generar confianza, cercanía y afecto a su alrededor. Cf. J. D.G. Dunn, *El cristianismo en sus comienzos II*. Vol I: Comenzando desde Jerusalén, Estella 2012, 655-662.

¹² Por cuestiones de espacio no podemos aludir a otro *acompañante* que tiene Pablo: Bernabé, un verdadero *acompañante misionero*. Este aparece por primera vez en Hch 4,36 vendiéndolo todo para ponerlo al servicio de los apóstoles. De él se dice que es un «hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe» (Hch 11,24). Él toma a Pablo y lo introduce ante los apóstoles (Hch 9,27), abriéndole todas las puertas; se lo lleva a Antioquía, estando ambos en aquella Iglesia durante un año instruyendo a muchos (Hch 11,25-26); él será el primer escogido por el Espíritu para la misión (Hch 13,2) y con él irá Pablo. Al final, ambos se separan dolorosamente (cf. Hch 15,37-40). Quizás también en la relación de acompañamiento llega un momento en el que esta se disuelve.

Timoteo aparece por primera vez en Hch 16,1. De madre judía y padre griego, Pablo lo encuentra en Listra y es él mismo quien lo coge para que lo acompañe. Se inicia así un período de aprendizaje por parte de aquel, siempre al lado de su guía y acompañante Pablo, y siempre en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora.

Pablo no sólo lo tiene a su lado sino que también le confía misiones, y a veces delicadas e importantes. Por ejemplo, la que describe en su primera carta a los Tesalonicenses, considerada como el escrito más antiguo del Nuevo Testamento y encabezada por Pablo, Timoteo y Silvano¹³. Pablo ha tenido que abandonar Tesalónica por unas tensiones de los judíos. Desde Atenas, preocupado por la situación en la que ha quedado aquella comunidad, envía a Timoteo, «hermano nuestro y colaborador de Dios en el Evangelio de Cristo, para afianzaros y daros ánimos en vuestra fe, para que nadie vacile en esas tribulaciones» (1Ts 3,2-3), a informarse de cómo está la situación. Confía tanto en Timoteo que, no pudiendo soportar ya más, dice que lo envía para «tener noticias de vuestra fe» (1Ts 3,5).

Este realiza bien su misión y al volver le comunica la situación: «Nos acaba de llegar de ahí Timoteo y nos ha traído buenas noticias de vuestra fe y vuestra caridad; y dice que conserváis siempre buen recuerdo de nosotros y que deseáis vernos, así como nosotros a vosotros» (1Ts 3,6). Podemos imaginar las conversaciones tenidas a su regreso entre ambos, y cómo Pablo lo habrá ido acompañando ante sus dudas y temores apostólicos.

Pablo confía de nuevo en Timoteo para otra difícil misión, esta vez en la comunidad de Corinto. Han surgido diversos problemas

¹³ 1Ts 1,1; Timoteo aparece como co-remitente también en la segunda carta a los Tesalonicenses, segunda a los Corintios, Filipenses, Colosenses y Filemón.

en ella y, a pesar de haberles escrito una primera carta, estos continúan. De entre tales dificultades destaca la dramática división surgida a causa de la actuación del misionero Apolo (cf. 1 Cor 1,10-11). Pablo reacciona: «Por esto mismo os he enviado a Timoteo, hijo mío querido y fiel en el Señor; él os recordará mis normas de conducta en Cristo, conforme enseño por doquier en todas las Iglesias» (1 Cor 4,17). Timoteo se curte en la misión y es portador del fiel mensaje. El *acompañamiento* de Pablo no invalida ni infantiliza; al contrario, lanza al *acompañado* a la misión, aunque esta sea en medio de serias dificultades.

Un último ejemplo: Filipenses. Pablo escribe esta carta estando en prisión (cf. Flp 1,13). Enviado Timoteo a esa comunidad para que le dé noticias¹⁴, Pablo hace un elogio de su querido colaborador: «Pues a nadie tengo de tan iguales sentimientos que se preocupe sinceramente de vuestros intereses, ya que todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús. Pero vosotros conocéis su probada virtud, pues como un hijo junto a su padre ha servido conmigo en favor del Evangelio. A él, pues, espero enviaros tan pronto como vea clara mi situación» (Flp 2,20-23)».

Timoteo ha servido conmigo a favor del Evangelio como un hijo junto a su padre. De la lectura de este último fragmento, quizás se puede deducir que Pablo establece con sus compañeros y discípulos una relación de paternidad afectiva más que evangélica. Es cierto que hay expresiones que muestran afectos en su relación con Timoteo, Onésimo, Tito,..., pero no olvidemos que su *paternidad* está íntimamente vinculada a la transmisión del Evangelio, es decir, con una intencionalidad claramente misionera. Así se desprende, por ejemplo, de la lectura del siguiente texto:

¹⁴ «Espero en el Señor Jesús poder enviaros pronto a Timoteo, para quedar también yo animado con vuestras noticias» (Flp 2,19).

«Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros, como una madre cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos» (1Ts 2,7-8). Pablo anticipa un principio pedagógico muy interesante que después recogerá, por ejemplo, San Juan Bosco: la educación es cosa del corazón¹⁵.

Más evidente es aún la afirmación que hace a los Corintios: «Pues aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús» (1Cor 4,15). Frente a otros que pretenden usurpar el puesto de Cristo, Pablo quiere evitarlo a toda costa. Su fecundidad deriva de haber sido atrapado por el Señor y haber acogido su Palabra en él. Nada de un acompañamiento en el que se pretenda usurpar el puesto del único acompañante, Jesucristo; fuera protagonismos y búsquedas narcisistas en esta tarea. Es este siempre un peligro ante el que hay que estar alerta.

3 A modo de conclusión

Llega ahora el momento de indicar, después de lo visto, algunas claves que la Palabra de Dios y el ejemplo de Pablo nos pueden ofrecer a nuestra tarea pastoral para un acompañamiento hecho en el contexto de la misión evangelizadora y al servicio de esta, como nos pide Francisco. Algunas ya las hemos ido adelantando.

¹⁵ «Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrefragablemente nos comportamos con vosotros, los creyentes. Como un padre a sus hijos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que vivieseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y gloria» (1Ts 2,10-12).

El principal acompañante—si no el único—es Dios, su Espíritu. Hay que evitar la tentación de querer suplantarle. Pero Cristo se le aparece a Ananías para que sea mediación en la conversión de Saulo. Luego el acompañante ha de ser consciente de que su tarea es *vocacional* y sólo se puede vivir desde una intensa y cuidada relación con el Señor. Como Ananías, él dice: «Aquí estoy, Señor»

Ananías *acompaña* a Pablo aunque se resiste, pues desconfía de él, sabe de su pasado. Pero el Señor lo ha elegido como un instrumento adecuado. A veces podemos pensar que esto es solo una carrera para una élite de escogidos. Ananías aprendió que *no* es así. Y más aún; cuando llega su momento y su tarea ha concluido, desaparece de escena. Una lección que no hemos de olvidar

Un acompañamiento al servicio y para el bien del pueblo. Tanto la *Evangelii Gaudium* como los ejemplos extraídos de la Palabra de Dios así lo subrayan; el protagonista no es el acompañante ni este ha de vivirlo buscándose. Es la necesaria dimensión eclesial y comunitaria de la fe. Pablo acoge a Timoteo como compañero y ayudante suyo al servicio de la única misión, el anuncio de Jesucristo. ¿Qué buscamos en nuestros acompañamientos pastorales?

Es un acompañamiento para el crecimiento, un acompañamiento que no se cierra en la inmanencia estéril, hasta alcanzar así «*el estado de hombre perfecto, la madurez de la plenitud de Cristo*» (Ef 4,13). Se han de evitar relaciones que infantilicen o que creen dependencias. El ejemplo de Pablo con Timoteo así lo subraya, llevándolo con él desde el principio de su tarea evangelizadora, y sin ahorrarle sinsabores y dificultades en su misión. Nada de esperar

años de “formación” hasta que supuestamente está preparado¹⁶.

El acompañamiento de discípulos misioneros acompañando a discípulos misioneros previene contra un acompañamiento de *salón y sofá*, hecho por “acompañantes” curtidos en mil y un libros, con mil y un cursos a sus espaldas, pero con escaso espíritu o arrojo misionero. ¿Acasos nos imaginamos a Jesús sentado a la puerta de su casa recibiendo y adoctrinando a sus discípulos? ¿O a Pablo, tomando una infusión y contemplando el atardecer, mientras espera en Tarso el regreso de Timoteo?

Para seguir profundizando. A modo de epílogo

Para no ser más extensos, hemos omitido en este recorrido el acompañamiento que Pablo hace de Timoteo tal y como se desprende de la lectura de las dos cartas pastorales a Timoteo, en particular de la segunda. Te animo, querido lector que has llegado al final de estas páginas, a que cojas la Palabra de Dios, busques esa carta y la medites con el trasfondo de las reflexiones precedentes. Es un ejemplo práctico de acompañamiento. A un Timoteo que experimenta dificultades, cansancios, temor y que, como guía de una comunidad con problemas, siente la soledad, Pablo se dirige a él como a su «*hijo querido*» (2Tim 1,2), le aconseja, le anima, le conmina espiritualmente: reaviva el don de Dios que está en ti, no te avergüences, soporta...

Y a ti, acompañante de otros en la fe, Pablo te deja su particular consejo: «*Acuérdate de Jesucristo*» (2 Tim 2,8), «Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (2 Tim 2,13).

¹⁶ Me viene a la mente la experiencia de Don Bosco. Él siempre quiso que sus jóvenes salesianos se formaran en la vida el Oratorio, en la misión, no teniéndolos alejados de ella; ahí los acompañaba y los educaba.

Iniciar a los jóvenes en la INTERIORIDAD y la ORACIÓN

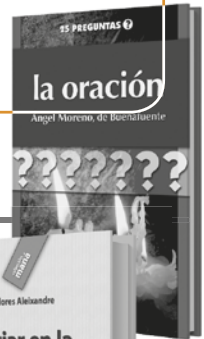


La educación de la interioridad

Una propuesta para Secundaria y Bachillerato
Elena Andrés Suárez. 3ª Edición. P.V.P. 13,20 €

Despertar la interioridad dormida

Talleres para iniciar en la oración,
 con adolescentes, jóvenes y adultos
Carlos M. Voces. 2ª Edición. P.V.P. 23 €.
 Contiene CD



La oración. 25 preguntas

Ángel Moreno, de Buenafuente. 2ª Edición. P.V.P. 7,35 €

Los Salmos, un libro para orar

Dolores Aleixandre. 10ª Edición. P.V.P. 8,40 €

Iniciar en la oración

Dolores Aleixandre. 11ª Edición. P.V.P. 6,30 €

Oración Joven

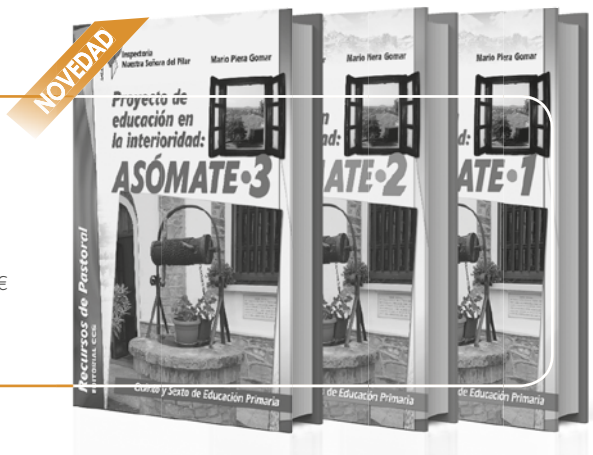
Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil. 14ª Edición. P.V.P. 9,50 €



Proyecto de Educación en la Interioridad: ASÓMATE

Mario Piera Gomar

- ASÓMATE 1 • 1º y 2º de EP • P.V.P. 9,50 €
- ASÓMATE 2 • 3º y 4º de EP • P.V.P. 9,90 €
- ASÓMATE 3 • 5º y 6º de EP
NOVEDAD. P.V.P. 10 €



EDITORIAL CCS

✉ >> Calle Alcalá 166. 28028 Madrid

☎ 91 725 20 00 • 📠 91 726 25 70 • 📧 sei@editorialccs.com



Síguenos: facebook.com /EditorialCCS
 @EditorialCCS

... y mucho más en www.editorialccs.com